

La lengua se entorpece; ya por todo
Mi cuerpo un fuego rápido discurre;
De los ojos no veo, los oídos
Dentro me zumban.

Toda yo tiemblo, de sudor helado
Toda me cubro; al amarillo rostro
Poco faltando para ser de véras,
Muerta parezco.

ALFONSO VERDUGO Y CASTILLA.

EL JUICIO FINAL.

Alma horrrisona al duro bronce infunde
Aligero escuadrón, á cuyo ruido,
La tierra, el mar, el viento se confunde,
Y el eco vuelve el miedo repetido;
Y miedo que antecede al que difunde
A cuantos ya es pálido y dormido,
Tremenda voz, la que terror segundo
Extendió por los ámbitos del mundo.

«Venid al juicio del tremendo día,
¡Oh muertos; dice. Glorias y maldades,
Sin velo están: se hundió la monarquía
Que eterna idolatrarón las edades.
Robó el inceddio, con igual porfia,
Los reinos, las provincias, las ciudades:
Ya una misma ceniza ha confundido
La humilde choza y el palacio erguido.

«La república alada de los vientos,
Pavesa ya, dejó su reino vago;
El prado y monte gimen, macilentos,
De su pueblo cuadrúpedo el estrago;
De las llamas los impetus sedientos
Se bebieron el río, arroyo y lago....
Levantad, pues; que en trágica campaña
Ya ostenta el fuego su mayor hazaña.»

Gimió la tierra al formidable acento,
Temblaron sus cimientos eternos,
Rimbombaron las ráfagas del viento,
Turbáronse los orbes celestiales;
El mar bramó, y en raudó movimiento
Subió á la esfera en montes de cristales,
Descubriendo entre tantos parasismos
Sus entrañas la tierra y sus abismos.

Cuando así lo insensible, portentoso
Del Juez se mira en enojado ceño,
Los sepulcros, que en lecho tenebroso
El último guardaban fatal sueño,
Rasgando ya su seno pavoroso
(Funesto asilo de su triste dueño),
Volvieron de repente al sér humano
Cuanto robó la inexorable mano.

Tornóse á concertar la artificiosa
Fábrica de los miembros destruida;
Buscóse una á otra parte cuidadosa,
Para otra vez cobrar la antigua vida;
Brotó la tierra, en fin, tanta copiosa
Organizada miés, por sí movida,
Que dejaran por vana su tarea
Las semillas de Cadmo y de Medea.

Pequeña escuadra es, [Infima parte
De copia tanta, en número infinita,
La inmensa multitud del persa Marte,
Que al licio Janto sus cristales quita;
No esfuerzos el valor allí reparte;
Los ánimos el miedo debilita;
Suplicios sí, no hazañas, belicosa,
La inerme tropa aguarda temerosa.
Levanta impio su fatal semblante,
Mas ¡qué informe! ¡qué palido! ¡qué horrendo!
El miedo horrible del suplicio instante
Del pecho arranca el suspirar tremendo;
Batalla el corazón, late incesante,
Y encontrados impulsos confundiendo,
Se aira, tiembla, fallece, y á horror tanto
Se añade luego inconsolable llanto.

Cuál, infeliz, en su conciencia mira
No haber razón que del castigo indulte,
E intenta, por huir del Juez la ira,
Que el mar en sus abismos le sepulte;
O de alto monte, en su dolor, suspira
Por bárbaro sepulcro que le oculte...
Su temor escondiera aun del infierno
En el profundo lago sempiterno.

Cuál, contra sí cruel, muerte incensante
La mano que á obrar mal le fué obediente;
Cuál maltrata su pálido semblante,
Cuál mesa sus cabellos impaciente;
Pero ya, bien que no la de Thaumante
Hija etérea, aparece refulgente
El arco hermoso, de colores ciento,
Que sustenta del Juez el alto asiento.

Rasgados ya los cielos á la saña
De la ardiente tonante batería,
Poblarse el aire, que de luz se baña,
De aligeras escuadras se veía,
El régio trono por la azul campaña
En las alas del viento descendía;
Anuncios de que viene ya cercano
El Dios de las venganzas soberano.

En medio, pues, de la ancha region clara
Más que los astros, aparece hermosa
Aquella de virtud divina vara,
Que de la alta Sion baja gloriosa;
Porque ya viene á dominar perclara
De su enemigo entre la turba odiosa;
Sacro estandarte, cuyo signo dice
El mayor lauro, el triunfo más felice.

Ya en esto, con su corte, descendía
De sus sacros palacios paternales
El Rey de la más alta monarquía,
El Señor de los reinos inmortales,
A quien carro de fuego conducía,
Y á las bárbaras tropas desleales
Aumentaba las ansias y desmayos
El horrisono estruendo de sus rayos.

Al pasar las regiones cristalinas
La ignífera carroza, los lucientes
Astros que luces ven más peregrinas,
Se retiran y ceden reverentes;
Elice y Cinosura en sus marinas
Vedadas aguas se entran diligentes;
Tiembla el León; huye Orion lluvioso;
Corre de Europa el robador hermoso,

Con mortal palidez la luna errante
Callaba, envuelta en las tinieblas frías,
Por faltarle al tributo radiante
La luminaria eterna de los días;
El aparato, en fin, llegó triunfante,
Y el tribunal dispuesto contra impías
Trasgresiones de su alto testamento,
Majestuoso el Juez tomo su asiento.

De las cavernas del eterno llanto
Nocturna infame tropa desmandada,
Para fiscalizar astuta cuanto
Humana libertad cometió errada,
Con odioso tropel asiste, en tanto
Que á piadosas defensas turba alada
Se previene, aunque frustran sus deseos
Muchos fiscales contra muchos reos.

Pasmosas atenciones previniendo
A la que última fué, bien que primera
Tragedia universal, el Juez tremendo
Mandó callar la turba plañidera;
Paran los cielos su sonoro estruendo,
La tierra su gemir, su saña fiera
El mar, su furia el viento, y aún callaron
Los abismos, que atentos escucharon.

Principia el acto, y al concurso inmenso
Vasto volúmen se abre, cuyas planas
Y caracteres hablan por extenso
Las acciones más fútiles humanas;
A éstas tal vez no se negó el asenso,
Y engañado dictámen juzgó vanas...
¡Oh! ¡que error! pues en este libro toma
Un peso grave la ligera coma.

Lee cada cual allí cuanto obró errado,
Y aún más, de que el se glorió inocente;
Cuanto recató en sombras; lo ignorado
Es ya noticia universal patente.
El sagrario del pecho, que al cuidado
Del corazón jamas fué inobediente,
Saqueado se vé; con vil desdoro
La fama desperdicia su tesoro.

¡Oh, que metamorfosis, que portentos
Los contenciosos actos descubrian!
Pública ya, de mil lobos sangrientos,
La candidez hipócrita exponían:
No ya de algun locuaz atrevimientos,
Culpas si, ya patentes, convertían,
De infame cuervo en sombras atezadas
La blanca pluma de aves simuladas.

Ya ¡oh lujurioso vil! tu trato obsceno
Infamará la inmensa muchedumbre;
Tu coraz ón, ¡oh avaro! nunca lleno,
Cuantos vieron del sol la eterna lumbre.
Muerde ¡oh envidia! tus áspides, veneno
Que el feliz derramaba en su alta cumbre;
Que allí abominarán, aún delincuentes,
Alimento tan bárbaro las gentes.

Prosigue el juez, y su inflexible vara
Con igual discrección segrega atenta
Del que vil lobo el crimen lo declara,
La que es oveja del delito exenta.
Así á aquél para el fuego lo prepara;
A éste á su diestra con amor lo asienta:
Convéncense los reos, y ¡oh, con cuánto
Dolor acerbo, interminable llanto!

¡Qué propicios patronos, que abogados
Tendrás que te defiendan elocuentes,
Si aún aquéllos, de Dios grandes privados,
Los retira el temor de delincuentes!
¡De la más bella madre los sagrados
Ruegos allí se interpondrán clementes?...
¡Qué asombro; la dulcísima María,
Severa entónces, cuando siempre pía!
¡Oh, las que tiemblan, coronadas tuestas!
¡Oh, las sacras tiaras que allí gimén!
Las púrpuras al hombro son molestas;
Las diademas no ajustan, sino oprimen.
Ya, la soberbia y majestad depuestas,
Los ánimos reales se comprimen;
Ya siente Hostilio que su tosca lana
Se viese en el imperio aungusta grana.
Confúndese Alejandro en sus victorias,
Y *el Grande* nombre lo publica injusto;
Pompeyo gime sus pasadas glorias,
Y César llora su laurel adusto.
Los Scipiones desprecian sus memorias;
A Octaviano desdórale lo *augusto*;
Decio infama á su saña las porfías,
Y el bárbaro Nerún sus tiranías.
A Craso su opulencia no le adula,
Ni á Lúculo sus mármoles preciosos;
Aflige á Apicio su execrable gula
A Horacio sus falernos generosos.
Bias su ciencia fatua la regula,
Y el de Arpino sus labios prodigiosos;
El de Mantua condena sus loores,
Y Nasón y Tibulos sus amores,

La virtud sola, con la faz serena.
Sin miedo asiste al tribunal sagrado,
No revuelve en su pecho mortal pena,
Ni la consume, tácito, el cuidado;
El Juez la mira, de sus gracias llena,
Con vista amante, con benigno agrado;
Convidala á su diestra, y ella sube
En rico trono de dorada nube.

«Ven, dice, y de coronas inmortales
Ciñe ¡oh mi amada! la sagrada frente;
Inmensos bienes tras pasados males
Te preparó mi Padre omnipotente;
Pasaron ya los impetuos brumales
Del frío invierno; aurora más luciente
Las sombras borra de la noche fría:
Ven. pues, y goza ya de eterno día.»

Sube, y con ella van al alto asiento
Con el decoro igual, los qu' abatidos
El mundo despreció, y á su lamento
Retiró inexorable los oídos.
Sube Lázaro alegre, aquel que hambriento
Sólo canes halló compadecidos;
Sube, y ultraje ya no le perturba,
El que fué innoble vulgo, pobre turba.

Llégasele también su feliz turno,
En tan sacro senado, al que, brioso,
Del tercer heredero de Saturno
Despreció el mayorazgo poderoso:
Fuera ya vasto esmalte á su cotorno
Del Pactolo y Ceilán lo más precioso;
Ya se gloria en el felice aumento
De que, si uno dejó, le dieron ciento.

Al que inútil cubrió tosco vestido,
Rica gala ya adorna, honor luciente;
Todo el sol lleva en partes dividido
La preciosa diadema de su frente.
En sus propios diamantes va encendido
El collar de su cuello trasparente,
Y en la mano, que luces multiplica,
Gloriosa palma la victoria indica.

El que nunca gustó de Circe impura,
En fármaco fatal, dulce veneno,
Ni del bastardo incendio llama oscura
Alimentó en sus venas ni en su seno;
Ahora del sacro néctar la dulzura
Gustoso liba, y de fatiga ajeno,
En el puro raudal de eterna vida
Dichas halla sin sombra y sin medida.

Se introducen é inundan el oído
Suaves olas de acorde melodía,
Que, á no ser inmortal, fuera el sentido
Náufrago en dulces mares de armonía.
Del Trisagio el aplauso repetido
En consonancia alterna competía,
Y al eco triste del siniestro llanto,
Sus cadencias anima el dulce canto.

La contraria caterva, que infelice,
Con torva faz y con sangrientos ojos
De los justos advierte lo felice,
Fomenta con su envidia sus enojos.
Blasfema de su Dios; torpe, maldice
Que en pos de los deleites haya abrojos;
Y por no ver del justo el gozo eterno,
Quiere que le anticipen el infierno.

La triste Erinnis se entra ya en el pecho
Del tirano mayor que asombró al mundo;
Agítale impaciente su despecho,
Y contra sí revuélvese iracundo;
Ya del que á su crueldad blanco fué hecho
(Hijo de la paloma sin segundo)
Besa el pié sacro, y, bárbaro, áun le insidia,
Bebiendo celos, vomitando envidia.

A los mártires ve, que, astros brillantes,
Siete veces del sol vencen los rayos.
Nunca en ellos sus iras arrogantes
Hallar pudieron del valor desmayos,
Cuando sus santos cuerpos palpitantes,
De crueldad en sacrilegos ensayos,
De hambriento diente destrozaba el filo
O animaban los bronces de *Perilo*.

La ronca voz, envuelta en los gemidos
Que del ardiente corazón levanta,
«Yo á éstos (exclama) los hollé abatidos,
Cual suele á polvo vil grosera planta;
Yo los vilipendí con repetidos
Agravios, y hoy me ciegan, pues es tanta
De su esplendor divino la luz bella,
Que con ellos el sol áun no es estrella.

«Que, en fin, de Dios era Hijo verdadero
El que yo aborrecí crucificado;
Que es El mismo, es El mismo el Juez severo
Que á eterna mi ignominia ha condenado.
¡Felices Pedro y Pablo!... ¡Dolor fiero!
Merecí mi destino desdichado:
Ciego estuve aun con cuanta me previno
Luz verdadera Hiperion divino.

» ¿Dónde mis glorias y mi imperio fueron?
¿Dónde mi alcázar y palacio rico?
Más ¡ay! que á mi memoria se vinieron,
Y con ellos mis ansias multiplico.
Si cual errante luna me lucieron,
Quedó la eterna sombra en que me implico;
Gusté de Babilonia el fatal vaso,
Y me dejó la sed en que me abraso.»

Estas y otras inútiles querellas,
Con afecto, ya triste, ya furioso.
Forma Nerón, y le acompaña en ellas
El gemir de aquel vulgo lastimoso;
Pero el Juez no pretende socorreas
En ántes, sí, su voz trueno espantoso,
Y á cada airado acento un rayo halla
Es la sentencia la infeliz canalla.

No profano, sagrado sí, inflamante
Espíritu mi elado pecho encienda:
Respire llamas, y la voz levante
Que al mar y al viento la quietud suspenda
Parad, cielos, la máquina sonante,
Y escuchad con horror la voz tremenda
Que arroja el Juez, flamígero torrente
Que airado sale de su pecho ardiente

«Caterva (dice), vástagos malditos,
Generación fatal, infiel congreso,
¿Qué hicieron mis poderes infinitos,
Que de un inmenso amor no fuera exceso?
Cargando sobre mí vuestros delitos,
Dejé la vida al formidable peso;
Mas de mi amor y paternal halago
Olvido, iniquidad fué vuestro pago.

»Hambre cruel, que el cuerpo devoraba,
Pálido y débil me dejó algun día,
Y la sed, que el humor me desecaba,
En las fauces la voz me detenía.
Tu gula entonces más se regalaba,
Y llegando á tu mesa mi porfia,
Quedamos, lleno tú; pero yo hambriento;
Embriagado tú, mas yo sediento.

»Tal vez me viste en el Diciembre cano,
Cuando helado Aquilon furias levanta,
Sin abrigo temblar al frío tirano,
Y hollar la nieve con desnuda planta.
Tiro te dió la púrpura, y no en vano
Con ella hiciste resistencia tanta;
Te pedí la más rota, y ser no pudo;
Quedando tú vestido, y yo desnudo.

»Mis flacos miembros, que rendidos viste,
En medio del camino conculcastes;
Sin darme tú consuelo, estuve triste;
Enfermo, en mis dolencias me olvidastes;
Peregrino, tú, en fin, no me acogiste;
Antes el dulce sueño procurastes,
Hallándolo, de mí bien descuidado,
En blando lecho, en pabellon dorado.

»Luego si acusa á la justicia mia
La retardada pena á insulto tanto,
No he de daros la luz de eterno día,
Más la profunda noche del espanto.
Gemid allí en la horrenda compañía
De su bárbaro príncipe, y de cuanto,
De la virtud rompiendo la cadena,
Mereció en fuego eterno eterna pena.»

Así dijo, y al punto levantando
Su nueva comitiva y córte alada,
Volvió, regiones de cristal surcando,
De su alcázar eteno á la morada.
Obscura nube entonces, ocultando
El fulgor de la esfera iluminada,
Truena terrible, y con fragor envía
Fuego del cielo á la caterva impia.

Segunda vez el líquido elemento
Bramó, desamparando sus abismos;
Volvió á alterar sus rafagas el viento,
Lucharon entre sí los cielos mismos;
Titubeó la tierra de su asiento:
Y gimiendo entre tantos parasismos,
Su faz rasgó, mostrando su rotura
La horrenda boca del averno oscura.

Volcan airado, llama tenebrosa
Por la lóbrega sima se dilata,
Cuyo incendio, con furia impetuosa,
En voladores humos se desata;
Bramando envuelve á la caterva odiosa
Y á las cavernas hondas la arrebata,
Donde en el ciego abismo que la oculta
A eternidad de horrores la sepulta.

FRAY DIEGO GONZALEZ

EL MURCIÉLAGO ALEVOSO

INVECTIVA

Estaba Mirta bella
Cierta noche formando en su aposento
Con gracioso talento,
Una tierna canción; y porque en ella
Satisfacer á Delio meditaba,
Que de su fe dudaba,
Con vehemente expresión le encarecía
El fuego que en su casto pecho ardía.

Y estando divertida,
Un murciélagos fiero, ¡suerte insana!
Entró por la ventana.
Mirta dejó la pluma, sorprendida,
Temió, gimió, dió voces, vino gente;
Y al querer diligente
Ocultar la canción, los versos bellos
De borrones llenó por recogellos.

Y Delio, noticioso
Del caso que en su daño había pasado,
Justamente enojado
Con el fiero murciélagos alevoso,
Que había la canción interrumpido
Y á su Mirta afligido,
En cólera y furor se consumía,
Y así á la ave funesta maldecía:

«Oh monstruo de ave y bruto,
Que cifras lo peor de bruto y ave,
Visión nocturna grave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado
De la tiniebla y de la noche fría,
¿Qué tienes tú que hacer dónde está el día?

»Tus obras y figura
Maldigan de común las otras aves,
Que cánticos suaves
Tributan cada día á la alba pura;
Y porque mi ventura interrumpiste,
Y á su autor afligiste,
Todo el mal y desastre te suceda
Que á un murciélago vil suceder pueda.

»La lluvia repetida,
Que viene de lo alto arrebatada,
Tan sólo reservada
A las noches, se oponga á tu salida;
O el relámpago pronto reluciente
Te ciegue y amedrente;
O soplando del Norte recio el viento,
No permita un mosquito á tu alimento.

»La dueña melindrosa,
Tras el tapiz do tienes tu manida,
Te juzgue, inadvertida,
Por telaraña sucia y asquerosa,
Y con la escoba al suelo te derribe;
Y al ver que bulle y vive
Tan fiera y tan ridícula figura,
Suelte la escoba y huya con presura.

»Y luego sobrevenga
El juguetón gatillo bullicioso,
Y primero medroso
Al verte se retire y se contenga,
Y hufe y se espeluzne horrorizado,
Y alce el rabo esponjado,
Y el espinazo en arco suba al cielo,
Y con los pies apenas toque el suelo.

»Mas luego recobrado,
Y del primer horror convallecido,
El pecho al suelo unido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,
Y cosido en la tierra, observe atento;
Y cada movimiento
Que en tí llegue á notar su perspicacia,
Le provoque al asalto y le dé audacia.

»En fin, sobre tí venga,
Te acometa y ultraje sin recelo,
Te arrastre por el suelo,
Y á costa de tu daño se entretenga;
Y por caso las uñas afiladas
En tus alas clavadas,
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas veces á lo alto.

»Y acuda á tus chillidos
El muchacho, y convoque á sus iguales,
Que con los animales
Suelen ser comunmente desabridos;
Que á todos nos dotó naturaleza
De entrañas de fiereza,
Hasta que ya la edad ó la cultura
Nos dan humanidad y más cordura.

»Entre con algazara
La pueril tropa, al daño prevenida,
Y lazada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara;
Y al oírte chillar alcen el grito
Y te llamen ¡maldito!
Y creyéndote al fin del diablo imagen,
Te abominen, te escupan y te ultrajen.
»Luego por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
Y se burlen contigo,
Y al hocico te apliquen candelillas,
Y se ríen con duros corazones
De tus gestos y acciones,
Y á tus tristes querellas ponderadas
Correspondan con fiesta y carcajadas.
»Y todas bien armados
De piedras, de navajas, de aguijones,
De clavos, de punzones,
De palos por los cabos afilados
(De diversión y fiesta ya rendidos),
Te embistan atrevidos,
Y te quiten la vida con presteza,
Consumando en el modo su fiereza.
»Te puncen y te sajen,
Te tundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten y te rajen,
Te desmiembren, te partan, te degüellen,
Te hiendan, te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan y aturullen.

»Y las supersticiones
De las viejas, creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En tu sangre humedezcan algodones
Para encenderlos en la noche oscura,
Creyendo sin cordura
Que verán en el aire culebrinas
Y otras tristes visiones peregrinas.
»Muerto ya, te dispongan
El entierro, te lleven arrastrando,
Gori, gori, cantando,
Y en dos filas delante se compongan,
Y otros, fingiendo voces lastimeras,
Sigan de plañideras,
Y dirijan entiorro tan gracioso
Al muladar más sucio y asqueroso.
»Y en aquella basura
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen,
Y allí te den debida sepultura;
Y para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia
Pongan en una losa duradera,
Cuya letra dirá de esta manera:

EPITAFIO

»Aquí yace el murciélago alevoso
Que al sol horrorizó y abuyó el día.
De pueril saña triunfo lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía.
No sigas, caminante, presuroso,

Hasta decir sobre esta losa fria:
Acontezca tal fin y tal estrella
A aquél que mal hiciere á Mirta bella.»

A UNA SEÑORA

que se quejaba de que hubiesen tratado á otra ántes que á ella

Si un caminante penara
De sed, y junto al camino,
Por acaso peregrino,
Una fuentecilla hallára,
Y no siendo la más clara
El agua, bebiera aquí,
Aunque no léjos de allí
Otra mejor agua hubiera,
¿Extrañarás que bebiera?
Pues esto me pasa á mí.

Si un infeliz naufragara,
Y á una tabla que encontrase
Gustoso la mano echase
Y así la vida salvara,
¿Hubiera quien lo extrañara,
Ni juzgara frenesi
Porque tal vez por allí
Pasar un barco pudiera
Que al puerto le condujera?
Pues esto me pasa á mí.

Yo soy aquel caminante
A quien la sed desalienta,
Y en amorosa tormenta

Soy infeliz naufragante.
Ya os he dicho lo bastante
En comparaciones dos;
Hablad, señora, por Dios,
Qué ese silencio me abraza;
Eso es lo que á mí me pasa;
Decid lo que os pasa á vos.

A UN MAL ORADOR SAGRADO

SONETO

Botijo con bonete clerical,
Que viertes la doctrina á borbollón,
Falto de voz, de afectos, de emoción,
Lleno de furia, ardor y odio fatal;
La cólera y despique por igual
Dividen en dos partes tu sermón,
Que, por toscó, punzante y sin sazón,
Debieras predicárselo á un zarzal.
¿Qué prendas de orador en ti se ven?
Zazoso acento, gesto pastoril,
El metal de la voz cual de sartén.
Tono uniforme cual de tamboril.
Para orador te faltan más de cien;
Para arador te sobran más de mil.

A LA NOCHE, PINTADA POR J. VERNET

DÉCIMA

¿A qué luz examinaste,
Gran Vernet, la noche obscura,

Que en tu famosa pintura
Tan al vivo la copiaste?
Si de noche la pintaste,
¿Qué luz tu pincel guió?
Si de día, no sé yo
Cómo tanta obscuridad,
Juzgándola realidad,
Su luz no la dispó.

VICENTE GARCIA DE LA HUERTA.

QUEJAS DE UN AUSENTE.

Amado dueño mio,
De cuyas celestiales perfecciones
Esclavo mi albedrío,
Adora ciegamente las prisiones,
Esucha, si te deja otro deseo,
El miserable estado en que me veo.
No ya, Amarilis bella,
Cual otro tiempo, cantaré suave,
Cuando benigna estrella
Quiso mostrarme aspecto ménos grave,
Pues me va dejando la pasión que siento
El númen torpe, ronco el instrumento.
Todo soy confusiones
Cuando me acuerdo del dichoso estado
Y las satisfacciones
Con que me vió Cupido coronado,
Viendo ahora que muda adversa suerte
El bien en mal, y la ventura en muerte.
¡Oh cuantos envidiosos,
Mal contentos enonces con mis dichas,

Estarán ya gozosos,
Viéndolas convertidas en desdichas,
Y cuántos, sin tomar de mi escarmiento,
Renovarán su malogrado intento!

El que ántes te adulaba,
Hablando bien de mí ó de cosa mía,
Porque en esto notaba
Que se cifraba toda tu alegría,
Mudando en trato alegre el vil engaño,
No mirará ya más que á hacerme daño.

Los que ántes mis amigos
Gustaban de nombrarse, vuelta en ira
Su amistad, enemigos
Son declarados; pero más me admira
El ver alguno que con modo injusto
Celebra con donaires mi disgusto.

Pero el dolor más fuerte
Que me aflige en tan triste desconsuelo,
Es privarme de verte,
Porque así más se aumente mi desvelo.
¿Quién ha visto dolor más extremado,
Que separar á dos que se han amado?

Ausente de tus hojos,
Bien á costa, Amarilis, de los míos,
Todo me causa enojos,
Y tales son mis necios desvarios,
Que cuantos veo, cuantos hablo y trato
Me graduan de necio y de insensato.

Viene la noche fría,
Y cuando en ella hallar descanso espero,
Me aflige más que el día,
Renovando las penas de que muero,

Y al alba suelo hallar, por más quebranto,
Humedecido el lecho con mi llanto.
En cada accion que animo;
Siento mi mal, pues con modal grosero
Mi adorno desestimo,
Ni en nada pienso más que en mi mal fiero.
Esperando con ansias inmortales
La muerte por remedio de mis males,
Quiera piadoso el cielo,
Alivio darme en tantas desventuras,
O con ligero vuelo
La Parca ataje mis desdichas duras;
Que es menor mal la muerte á que me ofrezco
Que el infierno de males que padezco.
Y tú, Amarilis mía,
Dueño querido, á quien el alma adora,
Cuida de tu alegría
Mientras un desdichado gime y llora;
Que así será menor mi mal injusto,
Y se limitará, si tienes gusto.

ROMANCE.

Por cabo de cien jinetes
El noble Gutierre marcha
Sobre el campo de Gumiel
Desde la Fuerza de Aranda;
El más valiente caudillo
De cuantos ve la campaña
Desde el Duero al claro Tórmes,
Desde el Pisuerga al Adaja.
Monta una manchada yegua,

Que riberas del Riaza
Nació, á ser exhalación,
Y asombro de las comarcas.
Lleva pendiente del hombro
Una berberisca adarga,
A Celín ganada, jeque
De Medina y Almenara.
En la vigorosa diestra,
Defensa ya de su patria,
Rige al animoso joven
Un recio roble por asta.
Una ancha cuchilla ciñe,
En mil rencuentros probada,
Contra las vidas alarbes
Fatal segur de la Parca.
Sale, pues, tan orgullosa
La juventud castellana,
Que á mirar su bizarria
Suspende el Duero sus aguas.
Los generosos caballos
Marcial música compasan,
Al són del hierro que imprimen
Y al son del hierro que tascan.
Ya descubren de Gumiel
Las ardientes atalayas,
Y en los cultivados campos
Las adultas mieses talan.
Sintiendo el rebato Hizán
Presuroso se levanta
A los brazos de la muerte,
De los brazos de Daraja;
Daraja, deidad morisca,

De cuyo amor á las aras
Seis años fueron de Hizán
Servicios ofrendas vanas.

Al primer paso tropieza,
Y requiriendo las armas,
Herida la diestra mano,
Con sangre el extrado mancha.

Túrbase la bella mora
Con señales tan infaustas,
Y de tan tristes acasos
Tristes vaticinios saca.

Enmudécela el dolor;
Pero una sola mirada
Dijo de una vez más cosas
Que dijeran mil palabras.

Cadenas hace sus brazos,
Que el cuello de Hizán enlazan,
Y de sus lágrimas tiernas
Segundas cadenas labra.

Mas viendo el valiente moro
Que hace ya en el campo falta,
Sus lágrimas reprimiendo,
Así, al despedirse, la habla:

«No temas, Daraja bella,
Que á los enemigos salga;
Que á quien venció tus desdenes,
No habrá que resista nada.»

Salió al campo, y don Gutiérrez
Al encuentro se adelanta,
Y de los demas seguido,
La sangrienta lid se traba.

JOSÉ CADALSO

A CUPIDO

Niño temido por los dióses y hombres,
Hijo de Vénus, ciego amor tirano,
Con débil mano vencedor del mundo,

Dulce Cupido,
Quita del arco la fatal saeta,
Deja mi pecho que con fuerza heriste
Cuando la triste, la divina Filis
Me dominaba.

Desde que el hilo de su dulce vida
Por dura parca feneció cortado,
Desde que el hado la llevó á la sacra
Cumbre de Olimpo;

Quando constante con promesa justa
De que ella sola me sería cara
Aunque pasára las estigias olas
Con Aqueronte;

De negros lutos me vestí llorando,
Y de cipreses coroné mi frente;
Eco doliente me llevó con quejas
Hasta su tumba.

Sobre la losa, que regué con sangre
De una paloma negra y escogida,
Fué repetida por mi voz la sacra
Justa promesa.

«Sacra ceniza, repeti mil veces;
Sombra de Filis, si mi pecho adora

A otra pastora desde la tremenda
Lóbrega noche,
Haz que á mi falso corazón asombre
Cuanto las cuevas del averno ofrecen,
Cuanto padecen los malvados, cuanto
Sisifo sufre.

Júrolo, Filis, por tu amor y el mío,
Por Vénus misma, por el sol y luna,
Por la laguna que venera el padre
Omnipotente.»

Las losas duras, á mi acento triste,
Mil veces dieron ecos horrorosos,
Y de dudosos aires resonaron
Túmulo y ara.

Dentro del mármol una voz confusa
Dijo: *Dalmiro, cumple lo jurado;*
Quedé asombrado sin mover los ojos,
Palido, yerto.

Temo, si rompo tan solemnes votos,
Que Jove apure su rigor conmigo,
Y otro castigo que el de ser llamado
Pérfido, aleve.

Entre los brazos de mi nuevo amante
Temo la imágen de mi antiguo dueño;
Ni alegre sueño, ni tranquilo día
Ha de dejarme.

En vano Clóris (cuyo amor me ofreces),
Y á cuyo pecho mi pasión inclinas,
Pone divinas perfecciones juntas
Ante mis ojos.

Ante mi vista se aparece Filis,
En mis oídos su lamento suena;

Todo me llena de terror y espanto;
Tímido caigo.

Lástima causen á tu pecho ¡oh niño!
Las voces mías, mis dolientes voces,
Y si conoces el dolor que causas,
Lástima tenme.

La nueva antorcha que encendiste apaga,
Y mi constante corazón respire;
Haz que no tire tu invencible mano
Otra saeta.

¡Ay, que te alejas y me siento herido!
Ardo de amores, y con presto vuelo
Llegas al cielo y á tu madre cuentas
Tu tiranía.

CUARTETAS

De este modo ponderaba
Un inocente pastor
A la ninfa á quien amaba
La eficacia de su amor:
“¿Ves cuántas flores al prado
La primavera prestó?
Pues mira, dueño adorado,
Más veces te quiero yo.
“¿Ves cuánta arena dorada
Tajo en sus aguas llevó?
Pues mira, Filis amada,
Más veces te quiero yo.
“¿Ves al salir de la aurora
Cuánta avecilla cantó?
Pues mira, hermosa pastora,
Más veces te quiero yo.

“¿Ves la nieve derretida
Cuánto arroyuelo formó?
Pues mira, bien de mi vida,
Más veces te quiero yo.
“¿Ves cuánta abeja industriosa
De esa colmena salió?
Pues mira, ingrata y hermosa,
Más veces te quiero yo.
“¿Ves cuántas gracias la mano
De las deidades te dió?
Pues mira, dueño tirano,
Más veces te quiero yo...”

SONETOS

Todo lo muda el tiempo, Filis mía;
Todo cede al rigor de sus guadañas:
Ya transforma los valles en montañas,
Ya pone campo donde mar había.
El muda en noche opaca al claro día,
En fábulas pueriles las hazañas,
Alcázares soberbios en cabañas,
Y el juvenil ardor en vejez fría.
Doma el tiempo al caballo desbocado,
Detiene el mar y viento enfurecido,
Postra al león y rinde al bravo toro.
Sola una cosa al tiempo denodado
Ni cederá, ni cede, ni ha cedido,
Y es el constante amor con que te adoro.

¡A cuánto susto el cielo te condena,
Oh género mortal, ¡acé y cuitado!
Se espantan unos en el mar salado,

Y tiemblan otros cuando Jove truena.
Otros, si el eco del león resuena;
Otros, cuando el magnate está irritado;
Otros, cuando en la cárcel han pasado
Días y noches tristes con cadena.
Yo solo discurrí no temblaría
Al trueno, ni al león, ni al poderoso,
Ni á la prisión, ni á todo el orbe entero.
Mas se engañó mi débil fantasía:
El rostro de mi Filis, desdeñoso,
Me cubre de terror, temblando muero.

LETRILLA

De amores me muero;
Mi madre, acudid;
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.
Catorce años tengo,
Ayer los cumplí,
Que fué el primer día
Del florido Abril,
Y chicas y chicos
Me suelen decir:
“¿Por qué no te casan,
Mariquilla? Di.,,
De amores me muero, etc.
Ya sé, madre mía,
Que allá en el jardín,
Estando á mis solas,
Espacio me vi
En el espejito

Que me dió en Madrid
Las ferias pasadas,
Mi primo Luis.
De amores me muero, etc.

Miréme y miréme
Cien veces y mil,
Y dije, llorando:
“¡Ay pobre de mí!
¿Por qué se malogra
Mi dulce reir
Y tiernas miradas?
¡Ay, niña infeliz!.,
De amores me muero, etc.

Y luégo en mi pecho
Una voz oí
Cual cosa de encanto,
Que empezó á decir:
«La niña soltera
¿De qué ha de servir?
La vieja casada
Aun es más feliz.,,
De amores me muero, etc.

Si por ese mundo
No quisiéreis ir
Buscándome un novio,
Dejádmelo á mí;
Que yo hallaré tantos,
Que pueda elegir,
Y de nuestra calle
Yo no he de salir.
De amores me muero, etc.

Al lado vive uno

Como un serafín,
Que la misma misa
Que yo suele oír.
Si voy sola, llega
Muy cerca de mí,
Y se pone léjos
Si también venís.
De amores me muero, etc.

Me mira, le miro;
Si me vió, le ví
Ponerse más rojo
Que el mismo carmín,
Y si esto le pasa
Al pobre, decid,
¿Qué quereis, mi madre,
Que me pase á mí?
De amores me muero, etc.

En frente vive otro,
Taimado y sutil,
Que suele de paso
Mirarme y reir,
Y disimulado
Se viene tras mí,
Y á ver dónde llego
Me suele seguir.
De amores me muero, etc.

Otro hay que pasea
Con aire gentil
La calle cien veces,
Y aunque diga mil,
Y á nuestra criada
Le suele decir

“¡Bonita es tu ama!
¿Te habla de mí?.,
De amores me muero;
Mi madre, acudid;
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.

ANACREÓNTICAS

Si el cielo está sin luces,
El campo está sin flores,
Los pájaros no cantan,
Los arroyos no corren,
No saltan los corderos,
No bailan los pastores,
Los troncos no dan frutos,
Los ecos no responden...
Es que enfermó mi Filis
Y está suspenso el orbe.

¿Quién es aquél que baja
Por aquella colina,
La botella en la mano,
En el rostro la risa,
De pámpanos y hiedra
La cabeza ceñida,
Cercado de zagales,
Rodeado de ninfas,
Que al son de los panderos
Dan voces de alegría,
Celebran sus hazañas,
Aplauden su venida?

Sin duda será Baco,
El padre de las viñas.
Pues no, que es el poeta
Autor de esta letrilla.

Unos pasan, amigo,
Estas noches de Enero
Junto al balcón de Cloris,
Con lluvia, nieve y hielo;
Otros la pica al hombro,
Sobre murallas puestos,
Hambrientos y desnudos,
Pero de gloria llenos;
Otros al campo raso,
Las distancias midiendo
Que hay de Venus á Marte,
Que hay de Mercurio á Venus;
Otros en el recinto
Del lúgubre aposento,
De Newton ó Descartes
Los libros revolviendo;
Otros contando ansiosos
Sus mal habidos pesos,
Atando y desatando
Los antiguos talegos.
Pero acá lo pasamos
Junto al rincón del fuego,
Asando unas castañas,
Ardiendo un tronco entero,
Hablando de las viñas,
Contando alegres cuentos,
Bebiendo grandes copas,

Comiendo buenos quesos;
Y á fe que de este modo
No nos importa un bledo
Cuanto enloquece á muchos,
Que serían muy cuerdos
Si hicieran en la corte
Lo que en la aldea hacemos.

FELIX MARÍA SAMANIEGO

FÁBULAS

LOS DOS AMIGOS Y EL OSO

A dos Amigos se aparece un Oso:
El uno, muy medroso,
En las ramas de un árbol se asegura;
El otro, abandonado á la ventura,
Se finge muerto repentinamente.
El Oso se le acerca lentamente;
Mas como este animal, según se cuenta,
De cadáveres nunca se alimenta,
Sin ofenderlo lo registra y toca,
Huélele las narices y la boca,
No le siente el aliento,
Ni el menor movimiento,
Y así, se fué diciendo sin recelo:
“Este tan muerlo está como mi abuelo.”
Entónces el cobarde,
De su grande amistad haciendo alarde,

Del árbol se desprende muy ligero,
Corre, llega y abraza al compañero,
Pondera la fortuna
De haberle hallado sin lesión alguna,
Y al fin le dice:—Sepas que he notado
Que el Oso te decia algún recado.
¿Qué pudo ser?—Diréte lo que ha sido;
Estas dos palabritas al oído:

*Aparta tu amistad de la persona
Que, si te ve en el riesgo te abandona.*“

EL RATÓN DE LA CORTE Y EL DEL CAMPO

Un Ratón cortesano
Convidó con un modo muy urbano
A un Ratón campesino.
Dióle gordo tocino,
Queso fresco de Holanda,
Y una despensa llena de vianda
Era su alojamiento,
Pues no pudiera haber un aposento
Tan magníficamente preparado,
Aunque fuese en *Ratópolis* buscando
Con el mayor esmero,
Para alojar á *Roepan Primero*.
Sus sentidos allí se recreaban:
Las paredes y techos adornaban,
Entré mil ratonescas golosinas,
Salchichones, pernils y cecinas.
Saltaban de placer ¡oh qué embeleso!
De pernil en pernil, de queso en queso.
En esta situación tan lisonjera